

domingo 19 de junio de 2005

www.abc.es - EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

Galicia y mucho más

Por Ignacio Camacho/

NO existe la más mínima duda de que, a sus renqueantes 82 años, ese peculiar e intenso político llamado Manuel Fraga Iribarne volverá a ganar hoy con amplia ventaja las elecciones autonómicas de Galicia. Sin embargo, existen serias probabilidades de que su indiscutible victoria no le alcance para conservar por quinta vez la presidencia autonómica. La normalidad con que todos hemos acabado aceptando lo que, al fin y al cabo, constituye una discutible perversión democrática merecería una reflexión más profunda e intensa; el sistema electoral español, construido durante la transición para privilegiar a las minorías con el objeto de integrarlas en el naciente proceso de recuperación de las libertades, ha acabado convertido en un mercado negro en el que algunos partidos obtienen réditos de poder en proporción inversa a su representatividad popular.

Como ocurrió en Cataluña con Esquerra Republicana, y ocurre en numerosos municipios de todo el país con otras formaciones minoritarias, el Bloque Nacionalista Galego (BNG) puede convertirse esta noche en el factor decisivo para que un Partido Socialista claramente derrotado en las urnas termine alzado sobre la presidencia de la comunidad autónoma. A cambio, los nacionalistas se verían recompensados con amplias parcelas de poder que les darán una influencia decisiva. Este sencillo mecanismo, respaldado por la legitimidad del sistema de elección indirecta, ha convertido numerosas citas de la política española en un raro desafío del PP contra todos, y está permitiendo que el PSOE construya a su medida una mayoría «republicana» cifrada en la alianza con unos grupos cuya característica común es la descreencia en el concepto de nación española.

Lo que está en juego en Galicia es una opción entre la mayoría absoluta de un Fraga visiblemente desgastado por la edad y el poder y una coalición de perdedores que no tendrá el más mínimo reparo en celebrar con alborozo su objetiva derrota. Un resultado que, en estos momentos, pende del delicado hilo de los últimos restos en cada provincia, cuyo reparto no alcanzan a definir las más afinadas encuestas y los «trackings» que los estados mayores de los respectivos partidos escrutan estos días con minuciosidad de entomólogos. Resulta incluso probable que esta noche no quede cerrado el balance de la jornada, pendiente del voto de los emigrantes americanos en un escrutinio a cara de perro que puede recordar el de Florida en las cerradas presidenciales americanas del año 2000.

Sea como fuere, Galicia va a ejercer hoy de árbitro en una nueva secuencia del partido que PSOE y PP llevan jugando sobre la cancha nacional desde el 14 de marzo de 2004. Si Fraga pierde la mayoría absoluta, no sólo quedará abocado a precipitar una jubilación que debió pilotar él mismo cuando ganó hace cuatro años; su insuficiente victoria resultará ante la opinión pública una derrota de Mariano Rajoy que puede abrir consecuencias en la solidez de su liderazgo interno y en su credibilidad como aspirante a la alternancia en el Gobierno de España.

Nada sería más pernicioso para el PP que abrir un debate que cuestione ahora el liderazgo de su presidente nacional, pero difícilmente será evitable, en caso de perder la presidencia gallega, la apertura de grietas críticas que incrementen el soterrado movimiento que hace tiempo se atisba en el interior del partido. Impaciencia, imprudencia y ambición se mezclan en este sutil frufrú de codazos discretos, que pueden comprometer la necesaria consolidación de una alternativa que necesita tiempo como primer factor de asentamiento. El hecho es que, desde la inesperada derrota del 14-M, son

visibles en la segunda fila del escalafón del PP algunas tomas de posición estratégica con vistas a la hipótesis de que Rajoy no logre superar a Zapatero en 2008 o cuando quiera que sean las próximas generales.

Esos movimientos, que Rajoy es el primero en conocer aunque los solape bajo su impasibilidad galaica, podrían acelerarse en el caso de que Fraga se quede en la orilla de su quinto desembarco. Y tendrán, en todo caso, consecuencias. Quienes conocen el estado de cosas en la planta séptima del cuartel general «pepero» en la calle madrileña de Génova estiman que habrá cambios y retoques cualquiera que sea el resultado de hoy. Pero es evidente que el alcance y calado de esos ajustes no será el mismo si se trata de realizar un enroque defensivo que de organizar la ofensiva que supondría una victoria capaz de dejar a Zapatero tocado por primera vez desde su fulgurante ascensión a la cumbre.

En el otro lado del campo, los socialistas sueñan con el efecto expansivo de un relevo de Fraga. No sólo por la evidente repercusión de la jubilación forzada del viejo león de Perbes, empeñado en morir con las botas puestas arriesgándose a un castigo que su trayectoria no merece y que podría haber evitado con una sucesión ordenada. Si Emilio Pérez Touriño -un político moderado y razonable pero de nulo carisma y escasa proyección popular- accede al sillón del palacio compostelano de Raxoy, Zapatero habrá dado una vuelta de tuerca más al proyecto de triple anillo con que pretende cerrar su «mayoría republicana».

Con un gobierno tripartito en Cataluña y su correlato en el Congreso de los Diputados, la pieza gallega le permitiría contar con una nueva alianza nacionalista, a la espera de que el tiempo y las circunstancias acaben aclarando su progresiva implicación en el Gobierno autonómico del País Vasco junto a un PNV a cuyo candidato Ibarretxe se dispone a abrasar en unas cuantas votaciones de investidura para dejarle después gobernar en precario y sin más salida que avenirse a un acuerdo con el PSE o convocar elecciones anticipadas. Este es el círculo que sueña el presidente: un Gobierno nacional respaldado por fuerzas nacionalistas según el patrón cortado en las tres comunidades históricas del Estado.

Con ese proyecto -secundado por la mortecina Izquierda Unida allá donde su menguada representación se lo permita-, Zapatero pretende construir una alternativa al proyecto nacional del Partido Popular, desde la que desea impulsar un nuevo proceso constituyente de hecho que rediseñe la estructura territorial del Estado. Es esto, y no los 9.000 millones de euros del presupuesto gallego, lo que se juega en la jornada electoral de hoy. Esto y la percepción que los españoles se formen de la dirección del viento político dominante en el conjunto del país: a favor de la coalición socialnacionalista apuntada en noviembre de 2003 en Cataluña y consolidada en marzo de 2004 en España o, por el contrario, inclinado hacia la consolidación de una alternativa liberal-conservadora capaz de superar el desconcierto del posazarismo. Es decir, que lo que hoy se decide no es si más o menos Fraga, sino si más Zapatero o más Rajoy, y a la inversa. Además del futuro de lo que Maragall suele llamar «una cierta idea de España».

director@abc.es